

## CAPITULO XXIX.

## EL GENERAL CORONA.

Habia yo conocido al personaje de que me voy á ocupar en este capítulo tres años ántes, de coronel modesto y patriota, presidiendo una reunion republicana, de la cual fuí tambien despues presidente, y lo volvia á encontrar de general con la frente inclinada bajo el peso de los lauros inmortales. Ramon Corona, á la vista de todos, habia surgido con la revolucion de Ayutla de entre los más humildes hijos del pueblo, combatiendo contra la teocracia y demás vicios del partido clerical, reinante entónces, y en favor de las instituciones democráticas. Procedente de un pueblecillo del Sur de Jalisco, habia ido á Tepic á servir en una casa de comercio perteneciente, segun se dijo

despues, á la familia de Don Antonio Gómez Cuervo: allí armó su brazo contra las tremendas injusticias que estaba presenciando, y tuvo la sin igual audacia de ponerse frente á frente de los hombres poderosos que allí dominaban, arrojando el guante á los banqueros y feroces bandidos que estaban en la mas íntima alianza. El nombre de Corona empezó por eso á repercutir entre las masas populares, admirándose que un jóven de veinte á veinticinco años eligiera un sitio tan difícil para teatro de sus hazañas, revelándose ya como un futuro caudillo.

Corona creció en prestigio cuando fué el primero en oponerse á las miras de Uraga, prefiriendo la persecucion por en medio de un terreno sembrado de peligros, en donde no habia más perspectiva que la muerte, llegando sano y salvo á Sinaloa, para que volviera á sonar allí su nombre como el alma de las intrigas que hicieron rodar el poder de García Morales, de Plácido Vega, de Antonio Rosales y de todos cuantos podian hacerle sombra.

¿Qué importaba que brillaran en hechos guerreros de un modo esplendoroso los nombres de Rosales, de Pesqueira, de García Morales, de Granados y de tantos valientes que estuvieron luchando á pié firme en los Estados de Occidente contra la Intervencion, qué importaba todo eso para Corona, si él ya habia logrado sobreponerse á ellos, tanto en el consejo de Juárez como en el juicio de la opinion pública?

Por eso despues de ganada aquella posicion en que hubo más brillo artificial que peligros, el nombre de Corona no volvió á figurar en ningun combate, dejan-

do á los aguerridos jefes de que supo rodearse el trabajo de estar manteniendo su prestigio. Corona tuvo dos méritos: el de saber elevarse y el de saber sostener su elevacion. Para lo primero tuvo que vencer dificultades enormes; para lo segundo, se vió precisado á opacar los rayos de la guerra que brotaban de donde quiera, empleando tan hábiles maniobras como tácticas oportunas.

Al terminarse la campaña de Occidente en la cual fueron los principales campeones algunos jefes secundarios y un poco tambien las circunstancias, á las cuales vinieron á concurrir la neutralidad de Lozada y la retirada violenta de los franceses, Corona apareció á los ojos de los mexicanos patriotas casi como un semidiosos.....

Todos los que habiamos estado contemplándole de léjos, estábamos fascinados con su inmensa gloria. Principalmente para los jaliscienses no habia otro hombre, y por nuestra cuenta le hubiéramos dado nuestros votos para que fuera el rey si hubiéramos sido realistas. Nunca tuvimos elogios suficientes en medio de nuestras conversaciones para prodigárselos. ¿Qué más podré decir? Corona nos tenia preocupados, absortos, estáticos, contemplativos, y para decirlo de una vez, verdaderamente magnetizados. Un Cincinato, un Washington, un Bolívar eran personajes insignificantes para ponerlos en parangon con nuestro héroe.

Al ménos yo hubiera dado sin vacilar mi vida á la hora que me la hubiera pedido aquel á quien yo consideraba como el salvador de mi patria. La sola idea

de que presto iba á admirar á mi ídolo de cerca, hacia palpar de gozo mi corazon.

En la tarde de aquel mismo dia á que me referí en el capítulo anterior, recibimos el anuncio de que Corona se aproximaba: montamos luego á caballo y salimos al galope á recibirlo. Al primero que encontramos fué al coronel Adolfo Palacio, que traia todo el aspecto de un Saladino. Vestia un pantalon azul de esos que se llamaban zuavos entónces, metido en el cañon de la bota, una chaqueta tambien azul muy pegada al cuerpo, un pequeño fieltro rodeado de un paño de sol que le daba la vista de un turbante, su barba muy negra, recortada con cuidado al rededor de la cara, haciendo resaltar el blanco de su frente que todavia no habia sido tostada por el sol; por fin, sus ojos negros de mirada altiva, venian á formar un conjunto verdaderamente oriental. Habia conocido á aquel caballeroso gefe dos años ántes en Colima, pero en esta vez me causó una impresion mucho más agradable, principio de la íntima amistad que despues nos ligó. Cambiamos con él algunas palabras y nos pasamos de largo. Un nuevo galope de medio kilómetro nos puso en el centro del Gran Estado Mayor que traia consigo el general Ramon Corona.

Tuvieron lugar entónces los saludos, reconocimientos y presentaciones. Fuera del Dr. Pablo Vázquez, que habia salido ántes de Guadalajara con la comision de dar informes á Corona, y Agustin Caravantes, á quien llamábamos *el loco*, que se le acababa de reunir en Tepic, las personas que venian allí nos eran

completamente desconocidas. Parra me presentó con Corona, este lo hizo con algunos de los gefes que estaban más próximos, y ya todos juntos nos volvimos para Ahuacatlan. Allí obsequiamos á Corona y á su Estado Mayor con una comida que les teníamos preparada: ellos á nosotros con una barrica de magnífica cerveza inglesa que apuramos en compañía, y luego nos fuimos á ver la entrada á la poblacion del renombrado ejército de Occidente, que se componia de unos tres mil quinientos hombres.

La vista de aquel ejército no era para formarse grandes ilusiones: los hombres que formaban los cuerpos de infantería venian casi desnudos, y los de caballería eran gentes de mala facha que venian en completo desórden y con unos caballos escuálidos. Figuraba al frente de los escuadrones el feroz bandido Simon Gutierrez y un general Guzman que en esa misma noche se emborrachó, causando mil escándalos en la poblacion, y llegando al exceso de disparar su revólver contra el gefe de dia, coronel Biviano Dávalos.

La figura de Corona descollaba delante de aquel ejército, brillante y colosal. Aun creí encontrar en su expresiva fisonomía alguna semejanza con la del primer capitan del siglo.

Por la noche emprendimos la marcha para Ixtlan: nosotros quedamos incorporados con nuestra pequeña columna á aquel Ejército, ocupando en el desfile el lugar que nos designó el Cuartel Maestre, Sr. Gral. Ignacio Escudero.

Una pequeña parte del camino la anduve al lado de Corona embelesado en su conversacion, por más

que no hubiera motivos para que fuera amena; y habria estado seguramente hasta tres dias haciéndole preguntas, quizás impertinentes, para hacerle hablar y extasiarme oyéndole, á no ser porque me ocurrió la idea de que tendria deseos de pedirle algunos informes al general Parra, sin que hubiera testigos. Entonces me retiré con pretexto de saludar á los gefes amigos que venian en la columna, á quienes no habia saludado todavía.

Incontinenti pude adquirir detalles privados que no solicitaba. Algunos gefes de la fuerza estaban disgustados por la presencia allí de Simon Gutierrez y de otros gefes por el estilo, así como porque Corona traia á su lado, desempeñando las funciones de secretario, á un individuo que habia servido al Imperio. Posteriormente habia reclutado en Tepic al Lic. Agustin Caravantes, que segun ellos no sólo era reaccionario, sino lozadeño é intervencionista. Yo le conocia de muchos años atras solo como superficial y extravagante.

Esas quejas me las hicieron en el seno de la amistad y bajo profundísima reserva.

Al dia siguiente salimos para la Magdalena, yendo solamente en la caravana los generales Corona y Parra con sus secretarios y ayudantés. Entonces si tuvimos el general Corona y yo una conversacion tirada: hablamos del Estado de Jalisco, de sus hombres, de su actual situacion, de sus sufrimientos y del buen porvenir que estaba en nuestras manos formarle. Sí me contrarió, y casi puedo decir que llegó á affigirme

una opinion del general Corona, que pronunciada por sus labios autorizados hizo vacilar mis convicciones.

—¿A quién seria bueno nombrar gobernador de Jalisco? me preguntó.

—Señor general, le contesté yo, sobran allí personas que profesan principios liberales, que tienen prestigio y que son generalmente respetadas.

—No, me dijo sonriendo de un modo particular, á todos los conozco yo y no hay uno solo capaz de ser un buen gobernante en estas circunstancias.

—¿Pero qué tienen estas circunstancias....?

—Se necesita el rigor más completo: aterrorizar á los traidores, probándoles que no transigimos con ellos.

Yo me quedé pensativo diciendo para mis adentros:

—Entonces esas personas que yo veo muy grandes y muy llenas de ciencia y de tantas cualidades propias para ejercer el mando, ¿no tienen en realidad méritos? ¿Serán falsos su brillo y su reputacion? ¿Me habré yo engañado viendo luz en donde sólo pueden encontrarse tinieblas? ¿Será que el general Corona ve á nuestros políticos desde muy alto, ó será que no tiene suficiente penetracion para distinguirles y saberlos apreciar? Viene de la campaña, agregué yo, disculpándole en mi interior, y es muy natural que un hombre que expone su vida en los campos de batalla tenga ojeriza á los individuos de bufete, que con sus manos limpias vienen siempre á sentarse á la mesa que otros han puesto: por eso habla tambien de medidas de rigor, inspirado tal vez por el recuerdo de haber visto nues-

tros campos talados, nuestras poblaciones destruidas, paralizado nuestro progreso y la presente generacion diezmada.... El tiene razon para hablar así: esas mismas palabras en otra boca serian un sacrilegio.

Llegamos á la Magdalena y fuimos recibidos con júbilo por toda la poblacion como en todas partes donde se presentaba el héroe de Occidente. Despues de los festejos tomamos una Diligencia y nos acomodamos en ella las siguientes personas: el general en jefe, su secretario particular el Sr. Armienta; el general Parra y su secretario, el autor de estas líneas; el coronel Adolfo Palacio, el comandante Alberto Zakany, jefe del Estado Mayor de Corona, el Lic. Agustin Caravantes y un Sr. Rendon comisario general del Ejército. El carruage fué precedido y seguido de escoltas mandadas por oficiales de confianza y así tomamos el camino de Guadalajara.

Llegamos á Tequila sin que nada nos ocurriera de particular. Fuera por que todavía no nos inspirábamnos unos á otros demasiada confianza viéndonos con el recelo de jefes que militaban en diversas fuerzas, pues ya la nuestra era considerada como la division de Jalisco, ó fuera porque sentiamos la doble fatiga de haber comido con apetito y de haber corrido mucho á caballo, el caso es que estuvimos guardando en todo aquel trayecto la mayor circunspeccion: mientras unos dormian, otros conversaban en voz baja con el compañero de al lado.

En Tequila fuimos recibidos por la tarde con el mayor regocijo: se nos esperaba y se habia dispuesto un

baile para obsequiar al general Corona y á su comitiva: el general rehusó tal agasajo con modestia, manifestando sumo deseo de llegar cuanto antes á Guadalupe. Tomamos solamente una colacion bien rociada con vinos esquisitos, lo cual nos vino á dar el tono que necesitábamos: á las ocho de la noche volvimos á tomar nuestros asientos en la diligencia y á ponernos en marcha para la capital del Estado.

En esta vez todos íbamos animados del mejor humor, que se justificaba con las ocurrencias oportunas, inventándose, para mejor pasar la noche, lo que se verá en el siguiente capítulo.

### CAPITULO XXX.

#### CORONA EN GUADALAJARA.

Lo que se aprobó, entre los diversos medios que se propusieron para pasar una velada divertida, fué lo más sencillo en la apariencia y que vino, sin embargo, á darnos el hilo de las ideas y sentimientos de cada uno, á descubrir nuestras aspiraciones y principios, á quitar la careta á los que pudiéramos tenerla.

Fingimos que los que veníamos en la diligencia éramos los habitantes de una República en que era permitido por las autoridades que gobernaban que se sostuvieran todas las opiniones, existiendo como ley fundamental, pero enteramente practicable y sin la menor restriccion, la libertad del pensamiento. Entóncos cada uno de nosotros tomó á su cargo repre-